

El odio como desorientación colectiva

La canción del odio

Con el odio acabaremos.
Una bomba le pondremos.
Cuatro tiros, seis granadas,
diez misiles y un torpedo.
La lengua le arrancaremos
y los dientes venderemos.
Con el odio acabaremos.

(Steven Vinaver/Mary Rodgers, 1966)

Nacha Guevara inmortalizó esta canción, satirizando a quienes creen que al odio se lo combate con odio. Hemos sido educados, con palabras que condenaban el odio hacia otros, pero con acciones que contradecían esas palabras. Por eso los discursos de amor y odio suenan huecos e incomprensibles si no los contextualizamos, los historizamos y analizamos su desarrollo y construcción. No se odia porque sí. El odio también tiene razones que lo fundan y justifican y según Max Scheller no constituye un acto meramente negativo sino un hecho positivo que pondera el disvalor. No es ciego, pero en contraposición al amor, es destructivo y generalmente disgrega.

Lo odiado no lo es *per se*, sino por lo que representa: una cosmovisión que anticipa el acto de odiar y que ha sido adquirida por convicción, persuasión o manipulación. Esta cosmovisión sería el aspecto ontológico del fenómeno del odio que se instancia valorativamente en otro. No se odia al individuo, sino al modo en que ese individuo es conmigo en el mundo. Ese modo ha sido construido y justificado también racionalmente. Cuando esta construcción, que en un momento fue racional, se desborda y se canaliza a través de fenómenos irracionales e inconscientes, se torna en una corriente incontrolable para sí y para otros. Esto no es muy diferente de lo que sucedería con el amor pero el odio establece la defensa de disvalores que confrontan con lo instituido, que debe ser reemplazado

El término latino *odium* proviene de un verbo defectivo que carece de presente y desde este lugar podría concluirse que en su origen etimológico, el odio podría ser el efecto presente de algo cuyo origen se remonta tiempo atrás. Esto

abona la tesis que el odio tiene razones, historia, motivos y no es simple irracionalidad o impulsividad.

Para responder al odio es necesario conocer, modificar y mejorar las causas que lo motivaron. Esa tarea se hace del amor o algo parecido y presupone que el odiador nos importa y no queremos su eliminación. No interesan tanto las diferencias sino la posibilidad de reconciliarlas en un proceso dialéctico.

La medida de la humanidad, que de alguna manera propone la ética, es reconocer al otro, no importa su condición, como un semejante. Eso es lo que nos hace auténticamente humanos. El acto de odiar degrada al sujeto a una dimensión infrahumana, sin colectivo, sin lugar feliz, sin paraíso.